

un tiránido (*Suiriri suiriri*) quitaba materiales al nido de un churrinche, *Pyrocephalus rubinus*, que lo tenía próximo.

Estas dos especies de aves emplean en los nidos materiales semejantes y los revisten de líquenes que sacan de los árboles (caldenes, chañares, etc.) cuyos troncos y ramas están materialmente cubiertos de ellos. No obstante la abundancia y la proximidad de la materia prima, al ave le parecería más cómodo quitárselos al vecino. Estos dos pequeños tiránidos son abundantísimos en esa época, en los montes de la región pampeana, pero en la provincia de Buenos Aires se ven sólo casales aislados. También he visto a un benteveo hurtar las plumas que formaban el nido de un piojito azulado (*Poliop-tila dumicola*) que por ello se vió precisado a abandonarlo.

Muchos casos iguales habrá también en otras especies, sin contar con aquellas que no se conforman sólo con el robo de materiales, sino que se apropian completamente del nido. Así, pues, también las aves como los hombres, no deben descuidar la atención y vigilancia de sus intereses.

JOSE A. PEREYRA.

ALGO SOBRE COSTUMBRES DEL CARANCHO (POLYBORUS PLANCUS)

Existen en el vulgo ciertas creencias respecto a costumbres de algunas especies de aves que el naturalista debe tener muy en cuenta para no caer en ridículo error.

La poesía popular hace referencia a un ruiseñor que canta en la pampa, en cuya busca puede salir el coleccionista con la seguridad de cazarlo como al ave fénix.

Respecto a costumbres, pasa lo mismo; se le atribuyen de oídas, cualidades y hábitos que no son los que verdaderamente caracterizan a tal o cual especie. Algo así pasa con el carancho (*Polyborus plancus*) conceptuado como un vulgar come carroña. Lo que conozco de sus costumbres ha hecho que tenga de él una opinión completamente distinta, pues es un ave muy sagaz y de gran iniciativa. Sabe adaptarse a cualquier contingencia y lo mismo coloca su nido entre las blancas costillas de una osamenta abandonada en el campo, como en la altísima copa de un eucalipto.

Si la necesidad la obliga, confórmase con alimentarse de simples insectos que busca dando vuelta a los excrementos del ganado; pero también sabe dar caza a pequeños mamíferos y aves en forma espectacular y gran estilo que bien pueden envidiarle las águilas y halcones, especialistas en ese ramo.

Viven en parejas permanentes, y el macho y la hembra se ayudan en la caza, pero si ésta es de importancia suelen reunirse varias parejas.

Es interesante ver las maniobras que realiza y precauciones que toma cuando se dispone a cazar gallinas. Al notar la presencia de estas rapaces, las gallinas asustadas tratan de huir al gallinero o meterse entre las plantas. Para evitar esto, uno de los caranchos, corriendo por el suelo, procura atajarlas mientras su compañero hace lo posible por atrapar alguna.

Un caso notable y que una sola vez he visto, fué en una clara y fresca mañana del mes de mayo de 1923 en que a caballo, desde un campamento situado en el fondo del campo, me dirigía a la estancia « El Toro ». Al llegar al arroyo Gualichú y cuando me disponía a vadearlo, llamóme la atención la mansedumbre de tres gansos (*Coscoroba coscoroba*) que luciendo su blanco plumaje y vistoso aspecto, a pocos metros de mí se retiraban emitiendo su grito característico *tastará, tastará*.

Crucé el arroyo y yendo al galope, como a 300 metros de allí, al llegar a unos matorrales de paja, ví sorprendido que un ganso de la especie citada echaba a correr, para levantar el vuelo en la dirección que yo llevaba; y trás de él, en su persecución, dos caranchos.

Sujeté el caballo para observar ese espectáculo raro como nunca lo había presenciado. El ganso, en su fuga, trató de dirigirse al arroyo (donde estaban sin duda sus compañeros) describiendo una amplia curva y a gran velocidad. Uno de los caranchos, persiguiéndolo a la zaga, obligólo a efectuar curvas que el otro compañero aprovechó para sacarle ventaja volando en línea recta y tomar altura para lanzarse en vuelo oblicuo, vertiginosamente, con las garras extendidas sobre la presa, que cayó finalmente a tierra.

Inmediatamente bajaron los caranchos y se situaron muy cerca del ganso, pero sin hacer ademán de atacarlo. Este, al verse en el suelo frente a sus implacables verdugos, se aproximó a uno de ellos, con las plumas encrespadas, agitando temblorosamente las alas, levantando y bajando la cabeza y arqueando el cuello, en un gesto más de súplica o temor que de rabia o furor, tanto, que me dió lástima y lamenté andar sin armas.

Decidí cargarlos con el caballo y asustarlos con el rebenque, en la esperanza de que el ganso sacaría ventaja y lograría salvar la vida; pero en cuanto éste voló, se repitió la escena y fué nuevamente derribado antes de llegar al arroyo.

Quedé un momento contemplando cómo los caranchos vigilaban, posados en el suelo, a su presunta víctima, y como tenía prisa me marché.

Tres horas más tarde volvía de regreso por el mismo lugar, pero desde buena distancia me dí cuenta que el drama había terminado. Conté hasta siete caranchos que volaban disputándose girones de carnaza y plumón y en un potrero próximo, como a 500 metros del sitio en que los dejé, el revoltotar de una bandada de chimangos me indicó el lugar del sacrificio.

La observación de esta escena me permite deducir, que como el ganso es una presa muy grande para que un carancho lo ataque y domine con su pico y garras, pues aquél puede defenderse a aletazos — así luchan ellos — adopta la táctica de la persecución, lo que le permite matarlo de un golpe contra el suelo o dejarlo aturdido para poder ultimarlo.

También persigue y da caza a gallaretas (*Fulica*) cuando puede sorprenderlas fuera del agua.

Ataca despiadadamente cuando encuentra en vuelo a la garza mora (*Ardea cocoi*) pero una vez en el suelo no se atreve a enfrentar su filoso pico. Este ardeído le tiene un terror pánico y recuerdo que un día observaba el pausado aleteo de una pareja en viaje, cuando acertó a pasar un carancho sin ningún propósito ofensivo hacia ellos; verlo y volver hacia atrás en precipitada fuga, fué todo uno.

Recorriendo un cañadón, hice volar del nido una hembra de chajá (*Chau-na chavarría*) y al alejarme un poco pasó un carancho que viendo el nido abandonado tomó posesión de él para comerle los huevos; pero el chajá, al verlo, voló hacia él y el intruso abandonó el nido sin resistencia alguna, pues parecía conocer el rigor de los acerados espolones de la dueña.

Tiene esta rapaz una potente vista y desde un lugar elevado observa los movimientos de los chimangós (*Milvago*) y si éstos encuentran un ave herida o alguna buena presa enseguida toma posesión de ella.

A un halcón azul (*Falco fusco caerulescens*) ví abandonar su presa (un papiollo) ante un ataque de una pareja de caranchos.

En fin, se trata de un ave muy sagaz y el que lo dude que procure cazarlo y estoy seguro que si no lo toma de sorpresa no logra ponérsele a tiro. Es que le siente el olor a la pólvora — dice la gente — aunque en verdad, lo que sucede es que le conoce la intención al cazador.

JUAN B. DAGUERRE.

OBSERVACIONES SOBRE ALGUNAS AVES DE BUENOS AIRES

El tero (*Belonopterus chilensis lampronotus*). — Aunque muy común, pocos son los que conocen las costumbres de esta ave, la manera de anidar y lo perspicaz que es en la época de la postura, que comienza en el mes de junio y termina más o menos en febrero. Hace el nido con algunos palitos, generalmente en las orillas de ríos o terrenos de bañado, y aprovechan también la resaca traída por alguna creciente, por lo cual, en los años lluviosos, pierden las primeras posturas. Ponen generalmente cuatro y hasta cinco huevos, de color gris oliváceo el fondo y manchados de negro. Por su color se confunden con el suelo. Para encontrar el nido hay que observar a los teros de lejos y ver de dónde vuela la hembra; porque ella, al notar que alguien